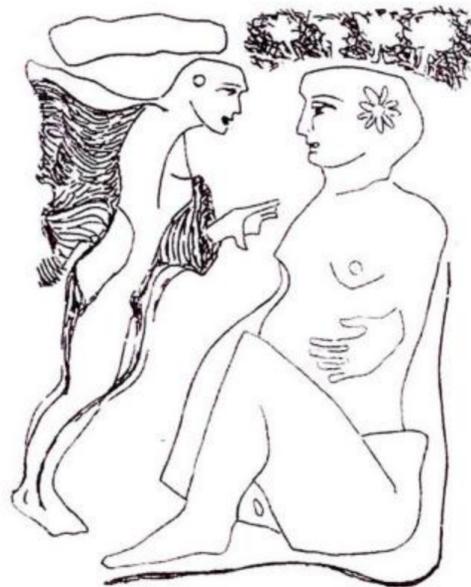


En el estudio sólo se destacan los ricos que lideraron la navegación y el comercio porque adquirieron concesiones y derechos. El pueblo no aparece por ninguna parte, excepto como cifra: diez a doce mil muertos y desaparecidos entre Honda y Mariquita en el terremoto de 1805. Y los esclavos se mencionan solamente como mercancía de compraventa. No como seres humanos. Eran semovientes que se hipotecaban.

Hasta el pescado está ausente. Como todos trabajaban en el comercio, nadie le solicitaba al río un pescado. Sólo hay constancia de pescado salado en tránsito hacia Santafé de Bogotá. Los tratantes importaban principalmente cacao, textiles, tabaco, trigo, anís, lana, azúcar, sal, aceite, cueros, esclavos y miscelánea. También jamón y vinos de España, aceite de oliva, aceitunas, quesos y bizcochos o galletas. No se comía mal en ese tiempo. Hoy pocos pueden comer todo eso. Jamón con vino de La Rioja hace mucho daño, porque las botellas traen un letrero grande que advierte que el licor es nocivo para la salud de los pobres. El tabaco (o el alcohol) es nocivo para su salud, pero el impuesto es bueno para el gobierno. Los gobiernos siempre han explotado las rentas del vicio y del esparcimiento: tabaco, licores, juegos, turismo y aficiones de toda clase. Por eso es raro que algunas todavía no, pero espere y lo verá (*oriloverá*, como dicen en la capital). En 1770 se adquiere el antiguo colegio de la Compañía de Jesús para *Real fábrica de aguardientes*, y después del terremoto es lo primero que se reconstruye. También existió la *Real administración de tabacos y pólvora*. Nunca se ha visto en los barrilitos de pólvora y cajas de municiones una advertencia que diga que pueden ser nocivos para la salud. En cuanto al convento de los franciscanos, sus ruinas sirvieron para varios usos: teatro, cuartel, imprenta, escuela y por último plaza de mercado.

“Ninguna sociedad se desarrolla sobre un plano de igualdad y la agrupación mercantil crea su patriciado que acumula la riqueza” (pág. 84).

La historia de Honda es también la de la navegación por el Magdalena, los caminos, los puertos alternos, la producción y el comercio. Por tanto, como ha sido siempre la principal preocupación de los gobiernos, proliferaron las aduanas, los recaudadores, los jueces hasta de canoas, controles generalizados —que son precisamente los que generan el contrabando— y el gobierno se inmiscuía absolutamente en todo, arruinando a la población lo mismo que hoy.



El Señor, que siempre está de parte de los gobiernos, colaboró con el terremoto.

Para esta fecha las exacciones también tienen agobiada a la población. Señal de que viene el terremoto.

De todos modos es un libro importante, como lo señala el prólogo. Ofrece un panorama del auge y decadencia de Honda y del río, lo que incide sobre el país en general, y expone sus causas. Por ejemplo: “Los efectos de las guerras civiles (pág. 130) influyeron en el deterioro de los caminos de herradura, en el hundimiento de numerosos barcos y en la reducción del comercio”. E incluye las tristes historias del abandono del río por incapacidad nacional para organizar el transporte, y del nacimiento y muerte prematura de los ferrocarriles por incapacidad administrativa. Saber por qué ocurren las desgracias parecería ser una buena manera para prevenirlas. Si se aprovecharan las lecciones y otros condicionales de inútil enumeración. En

la actualidad se pintan estrellas en las calles de las ciudades para prevenir accidentes por imprudencia de los peatones. ¿Si las estrellas aumentan, disminuyen los peatones?

J A I M E  
J A R A M I L L O E S C O B A R

## Libros aparentes

### Charalá: en marcha comunera

Jairo Cala Rodríguez y otros

Pirámide, Charalá, 2004. 48 págs., il.

El libro se llama de Historia, lo cual se hace constar en todas sus páginas. Contiene algunos datos históricos conocidos, pero no es la historia de Charalá. Es un volumen promocional bilingüe. Es también otras cosas: publicidad política de una administración municipal. Puesto que su propósito es múltiple, debe verse de varias maneras.

Para ser historia le falta mucho. Pero el nombre de historia le conviene, porque constituye atractivo y le da aparente importancia. Sólo tiene cuarenta y ocho páginas: sumarán unas ocho en español, tres el resumen en inglés, y el resto la parte gráfica, intercalada con el texto. Evidentemente, no es la historia de Charalá, en tan pocas páginas, con letra grande y blancos generosos.

En cuanto a promoción turística, aunque se señalan con el dedo meñique algunos lugares, nada se dice de hoteles y albergues, de seguridad, de vías de comunicación, de esparcimiento ni de atractivos para los visitantes, con su respectiva, clara y completa información. No se atrae a turistas extranjeros con descripciones como ésta: “Alto del Río Fonce, casa de arroyuelos, estepa natural donde el tanino ruboriza con su tono el paisaje plasmado sobre el manto cristalino de sus aguas”. Es una redacción del siglo XIX, que hoy suena ridícula. Si el principal propósito es turístico, debieron asesorarse de especia-

listas para no perder la inversión y el esfuerzo de aficionados de buena voluntad, pero sin la especialización que requiere esta clase de empresa. Las fotografías están lejos de ser profesionales, y muchas de ellas aparecen distorsionadas de modo inaceptable para cualquier principiante, con el propósito de forzar el tamaño más allá de los recursos técnicos.

Casi todas las historias de pueblos en Colombia presentan los mismos defectos: ignoran el español (“...y en sus aguas quedó grabada las ilusiones de un gran amor”), inventan citas en latín, sobrevaloran sus bienes naturales y culturales, magnifican su pasado y, a la vuelta de pocos años, esperan adquirir —para orgullo de todos— los problemas de una ciudad grande.



Editado con lujo pueblerino, la redacción debe corresponder a la categoría que se pretende, y por eso a una carreta común se le llama *vehículo compactador de tracción humana*, y se muestra la fotografía acompañada con una escoba de bruja. Los ríos locales se personifican *poéticamente*, y se dice: “Los ríos Pienta y Táquiza, *quienes* con su cadencioso trasegar por entre pastizales y labranzas...”. Un apreciado caballero pasa a ser *el padre de la odontología*, y el cuadro se completa con la cestería, la artesanía rústica y el folclor.

Si el libro no es la historia, ni una selección fotográfica, ni tampoco sirve como guía turística —porque una guía turística no se hace así— ¿entonces qué es? Un propósito políti-

co: “Sólo busco afianzar nuestra amistad”, declara el patrocinador en la tarjeta de presentación. Eso explica otras particularidades, que el lector detecta con su malicia indígena.

El diseño del libro es típico de los impresores que carecen de experiencia editorial, y no tienen la precaución de mirar algunos buenos ejemplos para aprender cómo se hace. La tarjeta de presentación se adhiere a la guarda puesto que el libro carece de hojas de respeto, portadilla, falsa portada, página de créditos, dedicatoria (por eso se agrega una tarjeta), contenido o índice, y otras cosas más que no se pueden poner aquí porque ésta no es una clase elemental de diseño gráfico. Los créditos (incompletos) figuran en un recuadro inferior en la primera página, como si se tratara de una revistilla de segunda clase, costumbre de falsa modestia que ha llegado a los diarios. Y todo empieza con la crónica mal contada de un samán —el samán—, pero ilustrada con una epifita paramuna. Los pies de grabado correspondientes a la parte en inglés se presentan indistintamente en una u otra lengua, ya que en esa parte también hay insertos en español. Hacer algo mal cuesta lo mismo que hacerlo bien. Pregúntesele a las obras públicas.

JAIME  
JARAMILLO ESCOBAR

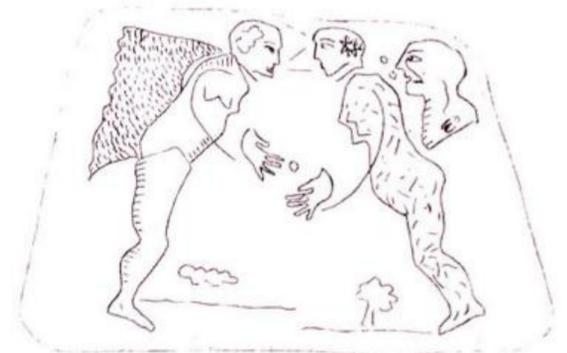
## De Boyacá en los campos

### Úmbita

Aníbal Pedreros Casallas  
Barras y Espacios Ltda., Bogotá, 2004,  
174 págs., il.

El libro empieza diciendo que “Para hablar de la historia de Úmbita es necesario hablar de párrocos, ya que este municipio fue fundado por un párroco y a lo largo de su historia los diferentes párrocos que han pa-

sado por este pueblo han jugado un papel importante en el progreso de la región”. [...] “En la época del padre Goyeneche (1939 a 1956), acólito, sacristán o Corista que faltase a cualquier oficio religioso, era castigado con un día de trabajo, arreglar los potreros de la iglesia o cercar los potreros; otro era, que cualquier estudiante que perdiera cualquier materia en los estudios, los enfrentaba hombre con dama y hacia las preguntas y el que se equivocará los cogía uno contra otro por el cuello y lo agarraba a topes con las cabezas y así nadie podía perder una materia. La otra era que en esa época no permitía el padre la vivencia de unión libre, porque a las parejas les daba fuerte, más la ceremoniada en el púlpito”. Muchas historias de pueblos señalan similar comportamiento de los párrocos con sus feligreses. Aún hoy suelen ser despóticos y atrabiliarios en sus feudos, y no se citan aquí otros casos porque ésta es sólo la historia de Úmbita. En una región tan rebelde como el suroeste de Antioquia, todavía son los párrocos los que mandan por encima de las autoridades civiles, y desconocen arbitrariamente las leyes de la República. Vaya usted a Salgar, para que vea.



Las torres en la portada son típicas en casi todas las historias de pueblos, porque lo principal que tiene para mostrar es su iglesia, construida con el esfuerzo de todos, sin excluir a los niños.

El templo es símbolo de poder. El poder ejerce la autoridad. La autoridad es impositiva. Toda imposición es injusta. Justicia no hemos conocido. En páginas 41-42 se muestra la justicia de la Iglesia: “El Sr. Rafael Casallas fue sacristán por espacio de